

Dos genios casi gerundenses:

por Fermín de Urmeneta

Teilhard de Chardín y Alberto Camús

El literato Albert Camus, galardonado con el "Premio Nobel" por su magnífico análisis "El hombre rebelde" (*L'homme révolté*) y el científico Teilhard de Chardin, afamado en el mundo entero por su espléndida síntesis "el fenómeno humano" (*Le hénomène humain*), integran un curioso par de genialidades contemporáneas sigiladas en común merced a ascendencias maternas de remotos linajes gerundenses, a través de abuelos próximos arraigados en la vecina región del sudeste francés, lo cual convierte en especialmente aptos para nuestros lectores a sus respectivos legados culturales. De ahí que, en derredor de sus aludidos libros cimeros y de otros escritos complementarios, van a girar los párrafos inmediatos, anteponiendo a Chardin respecto de Camús por razón de sus respectivas cronologías y enfocando las sucesivas valoraciones de sus legados culturales de acuerdo con las diversas exigencias de sus geniales creadores.

I

El sabio jesuita francés Teilhard de Chardin está de rigurosa actualidad. Después de unos años de postergación y hasta de persecución del "chardinismo" (coincidiendo en esto con casi todos los grandes sistemas ideológicos), ha sobrevenido la época de glorificación, tanto entre los científicos como entre determinados sectores intelectuales y conciliares con anterioridad asaz reacios: resultando de todo ello la atribución al Padre Chardin, no sólo de valores específicos como paleontólogo y biólogo, sino además de aciertos genéricos como esteticista y humanista: según procuraré visualizar acto seguido, tras unos renglones bibliográficos, tendentes a potenciar a nuestro gran evolucionista como genuino cristianizador de ese "evolucionismo" antes tan vilipendiado.

Teilhard De Chardin vivió desde el día 1 de mayo de 1881, fecha de su nacimiento en el aristocrático Castillo de Sarcenat (cerca de la ciudad de Clermont-Ferrand), hasta el día 10 de abril de 1955, fecha de su fallecimiento en Nueva York, cuando estaba colaborando con la "Wessner-Green Foundation for Anthropological Research" (Fundación "Wessner-Green" para la Investigación Antropológica). Tras haber frecuentado muy joven diversos colegios en la Compañía de Jesús (en Villafranche-sur-Mer, en Aix-en-Provence y en Jersey), hizo jesuita y tuvo dos insignes maestros en ciencias biológicas: a su propio padre —ilustre naturalista— y al Profesor Morcellin Boule, por cuyo consejo emprendió sus famosos periplos paleontológicos; destacando entre ellos el viaje a China de 1923 (con escalas en Bombay, Calcuta, Batavia, Shanghai, Pekin, etc.) y el viaje a Sudáfrica de 1947. Con anterioridad inmediata frente a estos dos periplos vivió sucesivamente los llamados "periodos parisinos" de su vida, actuando durante el primero en el "Instituto Católico" y durante el segundo el "Colegio de Francia", pasando luego el último septenio de su existencia en Nueva York (años 1948-1955), donde fue enterrado entre las hermosas sepulturas del cementerio llamado de "San Andrés sobre el Río Hudson" (Saint-Andrews-on-Hudson).

Desde 1955, año de su muerte, hasta el actual de 1965, ha transcurrido por tanto ya un par de lustros: tiempo suficiente según el juicio unánime de los historiadores, desde las "Décadas" de Tito Livio en adelante, para valorar cualquier acervo cultural, sin descartar los sigilados por la amplitud y la profundidad de los escritos chardinianos. Entre sus títulos múltiples y variados, recordaré sólo los siguientes: "Del arbitrio en las leyes teóricas y en los principios de la física" (tesis primeriza, 1901), síntesis de los pilares fisicoquímicos de su sistema; "La Gran Mónica" (1917), su tratado teológico; "El medio divino", ("Le milieu divin", 1926-1927), su tratado cosmológico; "El fenómeno humano" ("Le phénomène humain, 1938-48), su tratado antropológico; y sus famosísimas "Cartas de viaje" ("Lettres de voyage", 1955), con puntualizaciones sobre los criterios últimos que le animaron en vida. Si se agregan a ello sus obras póstumas o póstumamente editadas en toda su extensión ("Le groupe zoologique humain", "La place de l'homme dans la nature", etc.), del conjunto de todo lo inventariado brotará en visión esquemática el hérculeo esfuerzo que su autor debió desplegar en orden a conseguir tan conspicuas realizaciones científicas.

Mas dejemos de lado el detalle de sus investigaciones especulativas, según lo prometido, para adentrarnos en los acogedores acentos de su humanismo, cuyo vigor estético es garantía segura de su autenticidad. En



efecto, junto a la exactitud de sus observaciones y verificaciones. Chardin ha sabido destacar por la pulcritud de sus explicaciones y argumentaciones: unas veces, mediante conceptos metafóricos atinadísimos, como al definir la vida cual "efecto material de complejidad" (para mostrar que la perfección vital creciente exige complejización también creciente, hasta llegar a la "hominización" o "consociencialización"); y otras veces, mediante gradaciones sugestivas, cual la fijada entre las por él llamadas "geosferas" o previda, "biosfera" o vida y "noosfera" o "supervida" (definida esta última como "reino que resulta de la hominización", es decir, del pensar típicamente humano o "noein"); y en alguna ocasión, con solemnidad no menor, mediante acepciones bien distinguidas ante realidades únicas, como a valorar al ser humano no sólo cual "conferidor de significación a la historia" (sentido colectivo), sino además como "único parámetro absoluto de la evolución" (sentido individual); doble acepción a cual más trascendente ("La place de l'homme dans la nature", pág. 21: París, 1956), sobre todo en orden a advertir como dentro de lo humano culminan "la interioridad, la autodeterminación y la sociabilidad...

componentes primeros de todo lo cósmico" ("La phénomène humaine", pag. 139: París 1955).

Algunas anécdotas podrían acabar el presente perfilamiento del Padre Teilhard de Chardin: por ejemplo, las insistencias de sus diálogos sobre el hecho de que, para arrinconar los "cuerpo a cuerpo" ("corps a corps") hoy tan lamentables, nada mejor que vivenciar afectuosos tratos de "corazón a corazón" ("coeur à coeur"); o su profecía, hoy ya cumplida por los astronautas rusos y norteamericanos, según la cual "antes o después tendrá realidad el intento por parte del hombre de desbordar la Tierra" ("Le groupe zoologique humain", pág. 152: París, 1956): o las circunstancias que rodearon a su virtuosa muerte, acaecida según deseaba en un domingo de Resurrección tras haber escrito la vispera en su "Diario" como palabra última el nombre de Cristo (al "alfa y "omega" a la vez, del chardinismo) y tras haber dirigido la antevíspera una última carta a su Superior, haciendo profesión de ortodoxia. Sin embargo, acaso nada mejor que sustituir otras posibles anécdotas por el poeticísimo párrafo siguiente, revelador como pocos entre los chardinianos: "Sobre el árbol de la vida, los mamíferos ocupan una rama maestra. Los primates, o sea los cerebrospinales, vienen a ser una flecha dentro de tal rama; mientras los antropoides son el blanco mismo al que conduce tal flecha. Después de miríadas de años que abarcan amplios horizontes, en un punto estrictamente localizado, empieza a apuntar una llama: así nace el pensamiento".

II

Albert Camus, ora en sus dramas, como el tan celebrado sobre "Calígula"; ora en sus ensayos, cual el sugestísimo sobre "El Mito de Sísifo"; ora en sus postreras novelas sobre todo en la discutidísima intitulada "La peste"; ora en suma a lo largo y a lo ancho de ese libro sintetizador de su pensamiento que se intitula "El hombre rebelde"; en todos estos aspectos y en cada uno de ellos, muéstrase nuestro autor como titular por activa y por pasiva de la inquietud ante lo humano, como autor inquietante en alto grado tal vez porque en su inmanencia es también más inquieto que otros muchos. Meditemos un poco en torno del simbolismo encarnado en los principales personajes de estas obras. Resultando de esta meditación, a no dudarlo, será comprobar un núcleo sugerente de factores en su pensamiento, enderezable hacia una sana antropología filosófica.

Por un lado, Calígula y Sísifo. Su contraposición encarna muchas antítesis: historia y leyenda, recuerdos e imágenes, voluptuo-

sidad y ascetismo. Calígula es presentado por Camus, cual símbolo inmejorable de la ambivalencia efectiva: cuando joven, en lo público era tenido por virtuoso, mientras en lo privado vivía incestuosamente amancebado con su hermana Drusila; cuando adulto, tras la muerte de tal hermana, vino a enloquecer y aparecer degenerado en lo público, mientras en lo privado la necesidad le apartaba del vicio; y esta antinomia trasciende de lo anecdótico y pasa a convertirse en exponente expresivísimo del hombre contemporáneo, siempre escindido en lo público y lo privado, en la bondad apariencial y la maldad esencial o viceversa. Paralelamente, Sísifo se nos aparece como símbolo del esfuerzo estéril: de ahí la imposibilidad que la mitología le atribuía en el intento por conseguir colocar su peñasco en la cumbre anhelada; y de ahí, asimismo, que todo hombre contemporáneo deba vivir, un día u otro, casi sin escapatoria posible, la emoción del fracaso total o parcial en su existir.

Por otra parte, tras el monstruoso Calígula y el desgraciado Sísifo, el ateo Rieux y el jesuita Peneloux, los protagonistas de la novela "La Peste". Ante una calamidad intensa, cual es la suscitada por la peste bubónica descrita en esta novela frente a las reacciones mezquinas caben sólo dos actitudes altruistas: el altruismo sobrenaturalizado, encarnado por el sacerdote Peneloux, y el meramente naturalista, representado en el médico Rieux; según el sentir de Camus mientras el primero busca la salvación, el segundo se limita a ir en búsqueda de la salud; y de acuerdo con su ideario materialista, la superioridad del segundo frente al primero resulta incontestable.

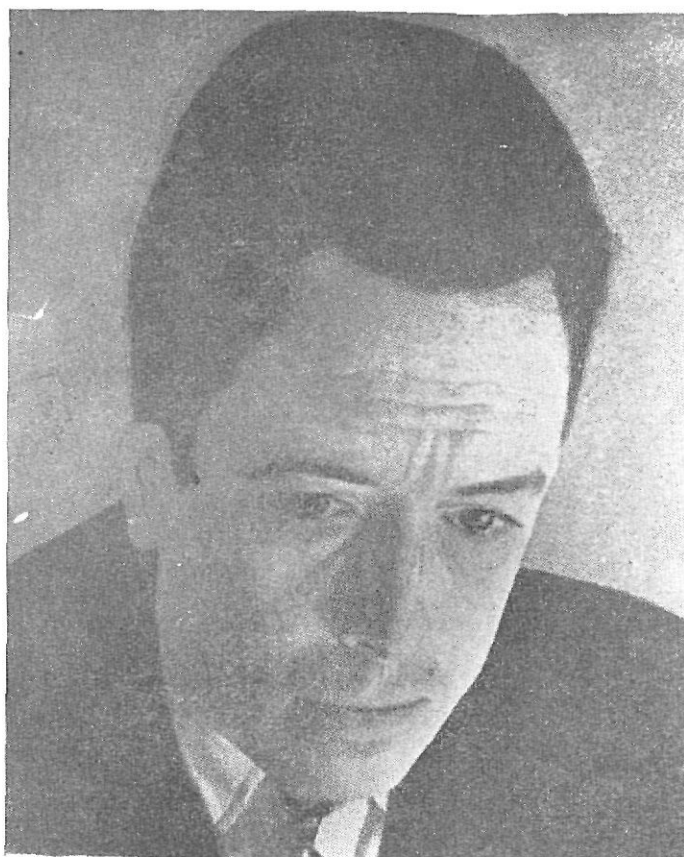
Sin embargo, no se trata aquí de rebatir las tesis camusianas. El propósito, acá y ahora, estriba sólo en subrayar esas ambivalencias que nuestro propio autor ha descrito (en su novela "El extranjero") a manera de "impulsos en que se mezclan el gozo y la cólera". Tales ambivalencias ofrecen rica cantera, no sólo para el analista concienzudo de lo existencial, sino también para la terapéutica proyectada ante lo psíquico. En este último orden, por cierto, presentan innegable relevancia ciertas disquisiciones elaboradas por Camus, en torno de la rebeldía.

Ante todo, quede subrayada la comprobación camusiana de la gran frecuencia de la rebeldía en nuestro tiempo. El hombre rebelde, *L'homme révolté*, para emplear sus propias palabras, hace hoy acto de presencia en cualesquiera ámbitos.

En la rebeldía, asegura Camus, por encima de sus aspectos deleznales, descuellan dos facetas a cuál más valiosa: por cuanto, en lo negativo, implica siempre "insurrección contra el mal" y, en lo positivo, "reivindicación de unidad". Reflexionemos unos instantes en derredor de esta doble caracte-

rización. A cuyo efecto, tal vez nada mejor que recordar cómo, para la metafísica clásica, tres son los trascendentales ontológicos o pasiones entitativas que presentan carácter de fundamentales: lo uno, lo verdadero, lo bueno (*unum, verum, bonum*); de los cuales derivan, en el plano operativo, las tres actividades que denominamos unificación, verificación y bonificación. Por desgracia, durante los últimos decenios, de estas tres actividades sólo la central ha conservado su sentido metafísico: incluso hoy, verificar implica comprobar verdades, algo mediante lo cual la inmanencia aspira a la trascendencia. En cambio, de las otras dos actividades habrían venido a adueñarse respectivamente la política y la economía, esas dos tiránicas categorías culturales hogaño avasallantes como nunca; de ahí que, hasta Camús apenas si cabía pensar en unificaciones que no fueran políticas o en bonificaciones que no fueran económicas.

Pues bien, mérito innegable suyo precisa reconocer que es el haber vuelto a articular los tres trascendentales ontológicos primarios a través del concepto de rebeldía: la cual, si en lo negativo se insurrecciona contra el mal, es por ansia de bonificación, no precisamente crematística, sino integral humana; y si en lo positivo reivindica lo unitario, es por anhelo de unificación, tampoco escuetamente gubernativa, sino globalmente humanística. Con ello, cabría agregar por nuestra parte, que la rebeldía exterioriza además hambre de verdad, de autenticidad, de sinceridad, viniendo a ser algo así como el centro de intersección, respecto de esas tres coordenadas espirituales que cabe denominar, unificación, bonificación y verificación... El hacerlo comprender a



cualesquiera viandantes humanos que empiezan a advertir sobre sus espaldas el ominoso peso de la dispersión, la maldad y la hipocresía circundantes, hasta casi impeler hacia la locura, y conseguir así una rebeldía saneada, será sin duda una de las mejores psicoterapias adoptables.